

## EL SUEÑO DEL DRAGÓN Ensoñaciones emblemáticas del Dragón d'Aragón y del Príncipe de Viana\*

FCO. JOSÉ ALFARO PÉREZ\*\*

El dragón es una de las figuras mitológicas más controvertidas por los valores tan dispares que se le atribuyen, baste preguntar a cualquier niño y se comprobará. No será aquí donde repasemos concienzudamente cómo ha sido visto por unas u otras culturas en éstos u otros momentos. En las mentes de todos el dragón se representa como un gran reptil alado y volador, poderoso, constituido anatómicamente por miembros significativos de animales reales a los que se suman elementos mágicos: bocas que escupen fuego y un corazón y una sangre capaces de obrar los mayores milagros.

En Aragón es bien conocida la imagen de San Jorge matando a ese ser demoniaco e infernal, que tan bien casa y emparenta con la serpiente del Edén, al que no pocos terminan relacionando con el miedo, el peligro, el pecado y el mal. A ellos sólo cabría preguntar ¿por qué los reyes de Aragón portaban, exhibían, gozaban, disfrutaban, presumían en sus cimbras y en otros lugares de la imagen de un dragón? Obviamente no querían significar que fueran príncipes deudores de Beelzebub. Sobre el tema ya se ha escrito haciéndose constar acertadamente cómo el dragón, por su sonoridad, se convirtió en un emblema parlante que encaja perfectamente con el nombre del reino: Dragón-d'Aragón. Sin embargo, nunca todo ha valido ni ha sido sencillo y si la imagen del dragón hubiera sido mala, o incluso insuficientemente buena, a pesar de la concomitancia sonora nunca la hubieran adoptado los reyes aragoneses como emblema. Consecuentemente, al dragón de Aragón deben aplicársele otros valores positivos: los de bondad, fuerza y firmeza propios de quien debe celar y proteger a sus hijos.

Coincidiendo con el estreno de este siglo, el profesor Guillermo Redondo Veintemillas, desde la Cátedra de Emblemática Barón de Valdeolivos de la

---

\* Trabajo realizado en el marco del proyecto de investigación HAR2012-34576, del Ministerio de Economía y Competitividad.

\*\* Universidad de Zaragoza.

Institución Fernando el Católico, y contando con el apoyo incondicional de otros colegas como Alberto Montaner o Guillermo Fatás, creó el premio bienal Dragón de Aragón, del que en el corriente se ha otorgado el VIII con notable éxito. Su objetivo es el de fomentar y premiar estudios e investigaciones sobre un tema siempre actual: comprender mejor algunos elementos que articulan la formación de identidades sociales y culturales, no sólo desde la genealogía, la heráldica tradicional o los himnos, sino desde un parámetro más amplio y novedoso donde cabe casi todo como es la emblemática general.

Dio la casualidad que la primera «camada» de dragones (en la que me incluyo), la del premio de 2002, todos fueron naturales del valle navarro del Alhama, allá donde Alfonso I *el Batallador* de Aragón y Pamplona donó tierras a su primo Rotrou de Alperche, queriendo el azar repetir, de algún modo, esa estrecha relación en las génesis del reino y del premio. Este accidente es lo que me ha motivado a tratar la imagen que del dragón tuvo el último príncipe común (salvando algunas imprecisiones) de los reinos tardomedievales de Aragón y de Navarra. Me estoy refiriendo al hermano mayor de Fernando *el Católico*: Don Carlos, Príncipe de Viana.

Si controvertidos son para algunos los valores dados al ser mitológico que nos ocupa, la figura (real) del príncipe Carlos a mediados del siglo XV no lo es menos. Tampoco será aquí donde entremos en mayores valoraciones sobre la cuestión, pues aunque muy interesantes para entender el origen de la monarquía hispánica moderna no vienen ahora al caso.

Carlos, Príncipe de Viana, nació el año 1421, hijo de la princesa doña Blanca (I) de Navarra y de don Juan, hermano de Alfonso V *el Magnánimo* de Aragón. Con su nacimiento doña Blanca, trece años mayor que Juan y viuda de Martín de Sicilia (hijo y heredero de Martín I *el Humano* de Aragón), parecía asegurar el futuro dinástico de los Évreux, pues por capitulaciones matrimoniales, de 1419, quedaba reflejado que sería el hijo de ésta quien asumiría el trono navarro a su muerte, acaecida en 1441. Tras enviudar Juan incumplió tanto las mencionadas capitulaciones como el testamento de la reina, motivo por el que se enfrentó con el Príncipe de Viana. Viudo y sin corona legítima (aún tardaría diecisiete años en acceder al trono aragonés) Juan casaría en segundas nupcias con Juana Enríquez, en 1445, matrimonio del que nacería Fernando (II), en 1452, treinta y un años después que su hermano Carlos.

Regresando al tema que nos ocupa tras esta breve e incompleta contextualización, la infancia del príncipe, a diferencia de lo que sería su azarosa vida adulta, podría calificarse de feliz, lo mismo que su adolescencia hasta que quedara huérfano de madre. A los dos años su abuelo, Carlos III de Navarra, instauró y le concedió el Principado de Viana con las posesiones de Viana, Laguardia, San Vicente, Bernedo, Aguilar, Genevilla, Lapoblación, San Pedro y Cabredo, el valle de Campezo y los castillos de Marañón, Toro, Fitero, Ferrera y Buradón, entre otras, a las que sumaría las villas de Corella, Cintruénigo, Cadreita y Peralta. Esto es, buena parte de los territorios de la

frontera navarro-castellana. La muerte del rey Noble no trastornó los planes de la Casa Real. Alojado en el palacio de Olite, el joven príncipe pasaba sus días dedicado a leer, a la cetrería, a la música y a la esgrima.

Durante estos años que hemos calificado de felices, concretamente en septiembre de 1433, la reina doña Blanca realizó una peregrinación a Nuestra Señora del Pilar de Zaragoza –a la que junto con Santa María de Ujué tenía gran devoción– en acción de gracias por sanar de cierta dolencia. Tras pasar un tiempo con su familia política a orillas del Ebro y comprometer el mecenazgo de la imagen del Pilar que hoy atesora la basílica aragonesa, regresó a su palacio de Olite. Apenas un par de meses más tarde, para las navidades de aquel mismo año, la reina madre decidió regalar al príncipe don Carlos un dragón. El motivo de por qué entonces y un dragón probablemente nunca pueda saberse, pero no es descabellado pensar que el príncipe bien pudo admirar alguno de los emblemas de la casa aragonesa. A sus doce años habría leído o le habrían contado y él imaginado mil veces cómo era un dragón y lo importante que sería tener uno propio en el pequeño zoo que había mandado crear en el entorno palaciego.

Por los libros de cuentas (y por F. Idoate que en sus *Rincones* de historia lo rescató) conocemos bastantes datos de aquel dragón. El mismo se construyó a fines de noviembre y principios de diciembre en la ciudad de Tudela bajo la coordinación del artesano Gabriel del Bosch y su ayudante Riera, siendo la data del descargo de 17 de diciembre de 1433 (véanse los documentos del Archivo General de Navarra, 41, docs. 511 y 588). Su armazón se realizó con ocho tablas de haya torneadas por Jacob Zalema «*para levantar de fusta el dicho dragón*», ancladas con clavos del *ferrero* Almaha. Cubrían su estructura 20 codos de paños de distintos colores dragontinos: *blaquet, verdet, azur, bermellón* y *carmini*. Sus alas, flexibles y movibles con cuerdas, compuestas por doce codos de paño, estaban fijadas (al igual que la cabeza y la cola) con pegamentos y alambre y las remataba un «*jumeyllet de palombar para artificio de dentro del dragon*» (¿esposas o anclajes gemelos con plumas de paloma?). La cabeza y las patas eran de cuero y fueron confeccionadas por el vainero Ochoa, quien precisó de cuero y medio becerro. En las cavidades orbitarias se instaló un artificio para alojar velas de cera de modo que por los ojos echara fuego y humo; y sus garras terminaban en unas afiladas uñas de hierro martilleadas por el moro Zalema Marguán.

En este caso, para el príncipe, probablemente, la figura del dragón fue vista como un ser monstruoso al que combatir y vencer en heroica lid. Al año siguiente, en 1434, como bien recoge Idoate, el regalo fue la réplica de una gran serpiente y de unos caballeros salvajes a los que someter en no menor aventura. Es pues patente cómo la dualidad del bien y del mal está contenida intrínsecamente en el dragón y en todos nosotros cuando proyectamos en él nuestro yo. Sólo la suma de conocimientos y un «*escepticismo razonable*», como bien comentaba reiteradas veces el maestro Redondo Veintenillas, liberarán

al hombre en la medida de lo posible de la ignorancia, la sinrazón y la animalidad. Con esta idea, la de fomentar el conocimiento de nuestras señas de identidad, es con la que materializó uno de sus sueños: el premio de investigación y de honor Dragón de Aragón, mostrando con ello, una vez más, su bondad y sabiduría.

